

naturaleza? Sois tentados, no lo dudo; ¿pero Félix dejó de experimentar la tentacion? El mundo os burla y menosprecia; ¿pero acaso el mundo ha usado jamas de otro lenguaje con los siervos del Señor? No os detengais, cristianos, en el camino que habeis emprendido. El mismo Dios teneis que Félix, en el mismo mundo vivis, un cuerpo y un alma de la misma especie lograis: pues si Félix llegó á ser un todo de virtud á los ojos de la fe, la misma fe nos enseña que todo lo podemos en el que nos conforta; y que ni la tribulacion, ni la angustia, ni el hambre, ni los peligros, ni las persecuciones, ni la muerte podrán separarnos, si no queremos, de la caridad de Jesucristo. Solo resta el que nosotros eficazmente queramos salvarnos, como lo quisieron los santos. Y pues vos, ó gran Félix, lograis en la bienaventuranza eterna la dicha de ver á Dios y gozarle, pedidle, ó santo mio, que aparte nuestro corazon del amor desordenado de todo lo temporal, que fortifique nuestra voluntad en el bien y nos conceda una preciosa muerte en su divina presencia. Especialmente, ó santo mio, suplicad á Dios por el que os ofrece estos sagrados cultos, que aumente su fe, fortalezca su esperanza, multiplique su caridad, le llene de su espíritu, y le colme de su soberana gracia, para que despues de sus dias logre en vuestra compañía la eterna gloria. *Quam mihi, et vobis præstare dignetur Dominus noster Jesus Christus, qui cum Patre, et Spiritu Sancto vivit et regnat in sæcula sæculorum. Amen.*

## DISCURSO

PARA EL DIA

### DE SAN FÉLIX DE VALOIS,

FUNDADOR DEL ÓRDEN DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

(DE TRONCOSO.)

*Venit in me spiritus sapientiæ, et præposui illam regnis et sedibus, et divitias nihil esse duxi in comparatione illius.*

Me fué dado el espíritu de la verdadera sabiduría, y la preferí á los reinos y tronos; y en su comparacion tuve por nada las riquezas.

*Sabid., c. 7. v. 7 y 8.*

El mundo no ha comprendido todavía el verdadero origen de la sabiduría; la busca fuera de su centro, y por eso, por mas que se afane, nunca llega á encontrarla. Adquirir vastos conocimientos, hacer profundas investigaciones, evocar en su auxilio las producciones del arte y del ingenio, desentrañar los secretos de la naturaleza, consultar á los astros, preguntar á los elementos, analizar hasta los mas insignificantes movimientos de los animales: todo esto y mucho mas hace el hombre que desea obtener el renombre de sabio; pero desgraciadamente sucede que despues de tantos trabajos y de tan penosas vigiliass en que ha consumido su vida, halla en sí mismo un vacío inmenso que nada puede llenar en este mundo, y se ve obligado á confesar que todo cuanto sabe es nada, pues que no es capaz de formar su verdadera felicidad. Buen testigo de esta verdad fué aquel rey de Israel de quien nos hablan los divinos libros. Ninguno como él se habia aplicado á inquirir y estudiar todas las cosas que suceden debajo del sol. De sí mismo confiesa que habia aventajado en sabiduría á cuantos ántes de él

florecieron en Jerusalem, y sin embargo, ¿cuál es la consecuencia que saca de todas sus meditaciones? Que todo es vano trabajo y aflicción de espíritu. Tal es el verdadero carácter del humanal saber.

Hay empero, señores, una sabiduría que es la única que puede hacer la dicha del hombre sobre la tierra, y la que le prepara su bienandanza sólida en el cielo: y esta consiste en temer y amar al Señor, en obrar el bien y apartarse del mal: *Timor Domini ipsa est sapientia: et recedere á malo intelligentia* (1). Hé aquí la sabiduría de los santos; sabiduría que los hizo superiores á esos genios sublimes que arrancan los aplausos del mundo y llenan las páginas de la historia, pero que al fin mueren, y con ellos perece para siempre su soñada felicidad. Los santos, aprendiendo á conocer el verdadero mérito de las cosas del tiempo, miráronlas con desprecio, y solo ambicionaron aquellas que ni perecen con la muerte ni se menoscaban con los acontecimientos humanos. Por eso sus nombres atraviesan por entre siglos y siglos; su memoria permanece fresca en las diversas generaciones, y su gloria, multiplicándose de día en día, adquiere el carácter de la inmortalidad.

Si no estuviese tan apoyada esta verdad en la prodigiosa multitud de héroes cristianos que la iglesia solemniza, bastaríanos, señores, fijar nuestra consideración en el objeto de estos piadosos cultos. Mi ínclito y nunca bien elogiado patriarca san Félix de Valois es uno de aquellos varones admirables que poseyeron en toda su extensión el espíritu de la verdadera sabiduría del cielo. ¿Quién como él supo desentenderse de cuanto el mundo ciego califica de grande y honroso sobre la tierra, para buscar el honor y la grandeza positiva en la humildad y en la abnegación de la cruz? ¿No se le vió desestimar el brillo de la opulencia, hacerse indiferente al rango de una cuna ilustre, huir de la ostentación de la corte, renunciar á las esperanzas de un trono, y todo esto por servir únicamente á Dios en el silencio de la soledad, olvidado del mundo y de los hombres? ¿Y quién pudo inspirarle pensamientos tan sublimes, miras tan elevadas, afectos tan generosos? Porque no hay duda, señores, que para obrar de esta suerte, hácese preciso poseer un alma grande, un corazón magnánimo, un heroísmo extraordi-

(1) *Job*, c. 28. v. 28.

nario, por mas que el mundo, calumniador eterno de la virtud, se esfuerce en atribuir la santa abnegación de los héroes de la religión á una especie de fanatismo que jamás ha sabido definir. ¿Quién, repito, pudo engendrar en el alma de mi ilustre patriarca san Félix de Valois un desprendimiento tan universal de las riquezas, de los placeres, del fausto y de la grandeza humana? Ah! Solo el espíritu de Dios, el espíritu de la verdadera sabiduría que en otro tiempo hizo conocer al mas opulento monarca de Israel la nulidad de los bienes terrenos. Como este príncipe ilustre, mi santo patriarca invocó desde sus mas tiernos años al Dios de las alturas; le pidió el espíritu de inteligencia y de sabiduría; le obtuvo; y obtenido, prefirió su posesión á los reinos, á los tronos, á las riquezas y á cuanto de mas precioso puede ofrecerse á la ambición de un mortal. Vió delante de sí un porvenir que lisonjeaba sus esperanzas; vió una corona que podría tal vez llegar á ceñir sus sienes; vió un cetro que acaso no estaba muy distante de sus manos; vió una monarquía que quizás le llamaría á regir sus destinos; vió..... Pero nada de esto era suficiente á llenar la gran capacidad de su corazón, destinado á disfrutar de otros bienes mucho mas positivos y estimables. El espíritu de la sabiduría de Dios, colocándole sobre todas las cosas que llenan el espacio, mostróle el grande espectáculo de la inmensidad, y á su vista el mundo le pareció un átomo imperceptible. ¡Todo esto es vanidad, dijo, y lanzándose en pos de la virtud, origen verdadero de la felicidad y de la grandeza, vivió como un hombre sabio segun Dios, ocupado en amarle y servirle y en procurarle todo honor y toda gloria.

Bajo este punto de vista voy á presentaros hoy á mi excelso patriarca san Félix de Valois. El espíritu de la verdadera sabiduría le condujo á despreciar todos los bienes del mundo, para vivir en la abnegación y en la humildad mas profunda. Hé ahí el primer carácter de su heroísmo, y primer punto de mi discurso. El espíritu de la verdadera sabiduría le hizo abandonar su solitario reposo para consagrarse á trabajar por la gloria de Dios y por el bien espiritual y temporal de sus prójimos; segundo carácter de su heroísmo y segundo punto de mi discurso. La idea es sencillísima, pero bastará para haceros reconocer en nuestro santo un verdadero sabio segun el espíritu de Dios.

¡Oh Espíritu divino, fuente perenne de luz, origen de todo conocimiento y de toda verdad! Dignaos hacer brillar en mi entendimiento un rayo que disipe la ignorancia de que se mira rodeado. Dad á mi corazon aquella uncion celestial que mueve y convence, y á mis labios aquella elocuencia que triunfa de todos los obstáculos, para elogiar á mi ínclito patriarca cual cumple á un hijo celoso de sus glorias. Y vos, Virgen santísima, á quien tanto amor manifestó ese fiel servidor de vuestro divino Hijo, interesaos hoy en su obsequio, comunicándome las gracias que necesito para llenar mi deber sagrado. Si mis culpas desmerecen vuestra intercesion, espero no la negareis á la piedad de vuestros devotos, que con la mayor reverencia os saludan diciendo: *Ave Maria*.

#### PRIMERA REFLEXION.

El desprendimiento de los bienes terrenos se halla marcado en las divinas páginas como uno de los caracteres que constituyen la bienaventuranza del hombre. « ¡Feliz y bienhadado, exclama el Espíritu santo en el libro del Eclesiástico, aquel que no anduvo tras el oro ni colocó su esperanza en la posesion de los tesoros! ¿Quién es el que así obró, pues digno es de ser elogiado? Grandes y estupendas maravillas ha hecho en su vida (1).

Al leer estas palabras, yo no puedo ménos, católicos oyentes, de fijar mi vista en mi excelso patriarca san Félix de Valois, y llenarme de un santo entusiasmo al contemplar en él el varon admirable y prodigioso que con tanta avidéz parece buscar el Espíritu santo. Su cuna ilustre, su posicion ventajosísima, la sangre de la real familia de Valois que circulaba por sus venas, todo contribuía á hacer que su corazon se apegase á los bienes de un mundo que tan risueño y lisonjero se le mostraba. ¡Reino cristianísimo! Tú viste brotar en el siglo XII ese hermoso vástago de tus monarcas en medio del esplendor y de la opulencia. El oro adornó las fajas de su infancia; multitud de viles aduladores de la fortuna le rodearon desde que en el maternal

(1) *Eccli. c. 31. v. 8.*

regazo lanzó los primeros suspiros. Pero ¡cuán asombrado quedaste al ver que tan luego como llegó á despejarse su tierna inteligencia, arrojó una mirada de desprecio sobre las riquezas de este mundo, y solo se manifestó enamorado de la virtud, único bien que estimó mas que los tesoros, mas que los placeres, mas que la gloria, mas que el trono mismo!

Considerad, señores, al tiernecito Félix desarrollando desde sus primeros años un carácter benéfico que le granjea el afecto, al par que la admiracion de todos cuantos son testigos de los primeros ensayos de su heroísmo. Vedle como tiernamente enamorado de los pobres, porque desde su nacimiento tuvo el instinto de la misericordia y de la compasion, divide con ellos hasta el pan con que se alimenta y los delicados manjares que le presentan á la mesa. Vedle como despojándose de sus vestidos, cubre con ellos la desnudez de sus prójimos, cuyas privaciones afectan su compasivo corazon cual si él mismo las experimentase. Y no juzgueis, católicos, que estas acciones de mi excelso patriarca fuesen únicamente hijas de una piedad innata en él, en las que ninguna parte tuviese la reflexion y el convencimiento. No, el pequeñuelo Félix obraba ya en aquella edad dirigido por el espíritu de verdadera sabiduría que el cielo le comunicara desde el seno, si así puedo decirlo, de su misma madre: puesto que desde entónces estaba destinado á ser el modelo de un desprendimiento universal y de una beneficencia sin límites. Así es que si socorre al necesitado, es porque la divina sabiduría le enseña que todo cuanto se hace en obsequio de los miembros de Jesucristo lo acepta este como hecho á su propia persona. Si viste al desnudo, es porque la divina sabiduría le enseña á mirar en los menesterosos la imagen de aquel Hombre Dios, que para darnos ejemplos de humildad, se desposó en su venida al mundo con la pobreza mas extremada, y en su salida de él no quiso tener ni aun donde reclinar su cabeza. Si ejerce en fin su caridad con los que padecen, es porque instruido por la divina sabiduría, sabe que el Salvador se considera ofendido en aquellos á quienes el hombre rehusa prestar los servicios que en su nombre reclaman.

Tal vez parezca á algunos que exageramos el heroísmo de la primera edad de mi ilustre patriarca san Félix, atribuyéndole gratuitamente pensamientos superiores á su tierna inteligencia. Empero fuera de que el espíritu de Dios inspira á quien quiere,

cuando quiere y segun mejor le place, distribuyendo sus dones sin limitarse á edades ni condiciones, está probado hasta la evidencia que en este niño privilegiado la razon se adelantó á los años, y que el desarrollo de sus facultades intelectuales en nada dependió del tiempo y de las demas circunstancias que son comunes á la humana naturaleza. ¿Pudo acaso ser un efecto natural aquella prediccion con que anunció que un criminal que iba á expiar sus maldades en el último suplicio, y á quien con sus ruegos consiguió el perdon, habia de ser un dia un ejemplar de virtud y un dechado de buenas costumbres, como efectivamente se verificó? ¡ Oh sabiduría de Dios! Siempre serás tú un misterio impenetrable para los hombres carnales que no participan de tu espíritu; pero no por eso brillas ménos en las grandes acciones que inspiras á los que escuchan tus lecciones, siquiera sean ellos objetos de indiferencia y aun de desprecio, respecto de un mundo orgulloso que solo mira como dignos del renombre de sabios á los que siguen sus depravadas máximas ó abusan del saber en detrimento de la virtud.

Con tan felices auspicios inaugurara mi excelso patriarca san Félix su brillante carrera en la ciencia de Dios. ¿Qué pues no debia esperarse de él en edad mas proveya? Ah! El espíritu de sabiduría que moraba de asiento en su alma, acrecentaba en él de dia en dia los deseos mas vivos de consagrarse todo entero al servicio de Jesucristo, por medio de un sacrificio que debia poner un eterno valladar entre él y el mundo. Veíase como empujado hácia la soledad por un superior impulso á que no le era posible resistir: tanto ménos, cuanto que esta idea estaba en perfecta consonancia con las inclinaciones de su corazon. ¿Cómo no habia de amar el silencio y el retiro un alma en quien ninguna simpatía encontraban las cosas del mundo, y cuyas delicias eran la oracion, la lectura de los libros sagrados, el estudio, la mortificacion de los sentidos, y sobre todo la presencia de Dios, á quien de continuo buscaba al pié de los altares? Por eso, á imitacion de aquel niño Samuel de quien nos habla la historia de los reyes, Félix desde sus mas tiernos años se retiró á un nuevo Silo, en donde léjos del bullicio pudiese entregarse á meditar la ley santa del Señor, y á aprender el camino de la verdadera vida. Recordando que Claraval habia sido el misterioso santuario en donde su virtuosa madre le ofreciera á Dios en perpetuo holocausto por mano del

gran Bernardo, cuando aun no contaba mas que algunos dias de vida, escogió aquel solitario asilo para su mansion. Imaginad, si os es posible, qué adelantos no debió hacer en el estudio de la divina sabiduría bajo la direccion de un maestro que era el asombro del orbe cristiano y el oráculo de la iglesia. Era de ver cómo trabajaba incesantemente cual abeja solícita en recoger lo mas precioso de las virtudes de aquellos santos monjes, para formarse un perfecto modelo de todas ellas. Nada habia para él que no fuese un aliciente poderoso que le excitaba á correr á pasos de gigante en el camino de la perfeccion evangélica. Así es que anhelaba con una santa emulacion sér el primero en las vigiliás de la noche, el mas puntual en las divinas alabanzas, en la oracion el mas ferviente, en la austeridad el mas riguroso. Á nadie cedia en el desprendimiento de las cosas terrenas, en el olvido del mundo, en el desprecio de sí mismo y en la abnegacion de la propia voluntad. Su silencio era extremado, su caridad no conocia límites, su humildad rayaba en el exceso, su obediencia tocaba al heroísmo. Digno por cierto de que el gran Bernardo su ilustre maestro le propudiese, aunque tan jóven, por ejemplar de fervor religioso á los ya encanecidos en los claustros.

Pasados algunos años, salió mi excelso patriarca de Claraval, no sin una particular inspiracion del cielo, que le destinaba á una vida todavía mas retirada y solitaria. Deseaba con ansia morir enteramente al mundo, y que su nombre quedase para siempre olvidado de los hombres. Así es que tan luego como volvió á la corte de su tio el conde Teobaldo, bajo cuya tutela estaba, solo pensó en disponer los medios de llevar á cabo su meditado propósito. ¿Mas cómo seria posible realizarle? ¿De qué medios podria valerse para satisfacer sus ansias? Ah! La paloma que encerrada en el doméstico asilo ve el anchuroso espacio que se ofrece á su vista allá en el vecino campo, extiende sus alas y prueba á ver si puede volar hácia donde el natural instinto la arrebatara; pero luego experimenta lo impotente de sus esfuerzos, y siente que una mano extraña la impone la necesidad de permanecer en su triste prision. Así mi excelso patriarca san Félix, prisionero en un mundo muy pequeño para su grande alma, ambicionaba volar al desierto, en donde únicamente podian hallar expansion suficiente sus afectos; empero tan luego como queria llevar á cabo sus deseos, ¡ qué dificult-

tades no se oponian á su realizacion! Consideraciones de familia, conflictos de intereses materiales, consejos, instigaciones, cuanto es capaz de hacer vacilar á un hombre en la eleccion de un objeto de gran trascendencia, otro tanto luchaba contra la generosa idea de mi ínclito patriarca. ¿Será posible que abandone en la flor de sus dias un mundo en donde la fortuna le sonrîe con todos sus encantos? ¿Irá á sepultarse en un desierto un jóven á quien halagan las mas brillantes esperanzas? ¿Renunciará á la perspectiva de un trono á que la ley Sálica le da los mas incontestables derechos, que acaso no están léjos de realizarse? ¿Cambiará las delicias de la corte por las austeridades de la penitencia?... De este modo hablaba al corazon de Félix la sabiduría carnal del siglo; pero á pesar de todos sus esfuerzos, la sabiduría de Dios triunfó completamente en aquella alma criada para la virtud. Todos los reinos del mundo le parecieron un grano de arena comparados con aquel en donde el Monarca celestial forma la eterna dicha de los justos. Todas las riquezas del tiempo las miró como un puñado de escoria en proporcion de las que resultan de la amistad de Dios. Verdadero conocedor del mérito de la virtud, la antepone á todo cuanto puede ofrecerle esta tierra miserable en donde las rosas mismas están rodeadas de punzadores abrojos; en donde la risa va casi siempre acompañada del llanto; en donde no hay placer que no esté mezclado de amargura; en donde los peligros de perderse son tan frecuentes, que apenas puede el hombre dar un paso sin tropezar en un abismo. En consecuencia pues de este íntimo convencimiento, mi excelso patriarca se decide á dar el último adios al mundo: y para cortar de una vez toda comunicacion con él y ahuyentar toda esperanza de subir al trono, recibe el órden sagrado del sacerdocio, y sin mas dilacion sale de su hogar sin ser apercibido de nadie, y se dirige como otro Abrahan al lugar que el Señor se dignara mostrarle para consagrarse perfectamente á su servicio.

Llegó por fin á un sitio solitario del obispado de Meaux, inaccesible entónces por la situacion que ocupaba entre dos rios que le cercaban por el poniente y mediodía, cuyas inundaciones le habian hecho impracticable á toda huella humana. Presentaba hácia el oriente la horrenda perspectiva de un valle profundo lleno de barrancos y de excavaciones, y hácia el norte la de un espeso bosque, guarida de fieras y animales silvestres, cuyos

rugidos atemorizaban el corazon del hombre mas atrevido y animoso. Aquí fué pues donde mi excelso patriarca determinó sepultarse vivo para entregarse á la contemplacion de las cosas celestiales y á los rigores de la mas espantosa austeridad. Oh! ¡qué espectáculo tan asombroso era el ver al mas ilustre vástago de los Valois, á un heredero presuntivo del trono de Francia ayunando continuamente, orando sin intermision, cubierto con un áspero saco, ceñido de cilicio, despedazando sus delicados miembros con la acerada disciplina, y hecho una viva imágen del Crucificado! Dia y noche velaba en presencia de su Dios, á quien alababa sin cesar, uniendo sus acentos con los de las celestiales inteligencias que de continuo se complacian en visitarle. Dia y noche lloraba las ofensas que se hacian á la Divinidad: y como si fuese el mayor de los pecadores, ofreciase en expiacion de unos delitos que no cometeria. Si alguna vez le importunaba el sueño, arrojaba su cuerpo sobre la dura tierra, concediéndole algunos cortos momentos de penoso descanso para despues afligirle con nuevos rigores. Si el hambre le hacia desfallecer, las raíces silvestres que ofrecia aquel terreno inculto le servian de alimento, que cuando mas no hacia sino sostener una existencia que mejor pudiera llamarse muerte prolongada.

Contemplad, mundanos, á ese nuevo Pablo en el desierto; ved cómo condena vuestra molicie, y ese amor frenético que teneis á los placeres efímeros de la sensualidad. Tal vez acusaréis á mi ilustre patriarca de hombre preocupado y fanático, porque pudiendo gozar en el siglo de una vida feliz segun vuestro lenguaje, sacrificó una juventud llena de esperanzas y condenó una carne inculpable á los rigores de una austeridad desmedida. Ah! La sabiduría del mundo es la que os inspira esos sentimientos. Pero ¡cuán infelizmente os engañais! Mi excelso patriarca obró como un hombre lleno del espíritu de la verdadera sabiduría; y si no decidme: ¿es preocupacion abandonar lo temporal por lo eterno? ¿Es fanatismo despreciar un trono que desaparece entre el polvo de la tumba, por otro que debe durar miéntras duren los siglos? ¿Es error renunciar á unos goces que llevan consigo todos los elementos de la muerte, por disfrutar de unas delicias que constituyen una vida perdurable? Apurad en buen hora la copa de Babilonia, sabios segun

el mundo ; corred tras los honores ; embriagaos de gloria ; ambicionad los tronos y los dorados cetros ; dominad á vuestros semejantes ; dia vendrá en que convencidos de la futilidad de esas imágenes de grandeza que ahora os deslumbran , conoceréis que todo el aparato que el mundo ofrece á los que siguen sus principios , no es mas que vanidad , y que solo son dignos del renombre de sabios aquellos que tienen valor suficiente para hollar sus mentidas promesas y marchar impávidos por el camino de la cruz. Por él marchó mi ilustre patriarca san Félix ; se crucificó con Cristo , segun la frase del Apóstol ; se negó á sí mismo ; renunció á las riquezas , á los honores , á la pompa , á los placeres , á los cetros y á las coronas ; y por eso aun en esta vida encontró el premio centuplicado que el Salvador ofrece á los que le siguen. ¿ Quién es capaz de expresar las dulzuras inefables que experimentó en cambio de sus voluntarias privaciones ? ¿ Quién podrá apreciar dignamente aquellas comunicaciones divinas con que frecuentemente le regalaba el cielo ; aquellos maravillosos raptos en que mas de una vez le fueron manifestados los mas recónditos misterios de la divinidad ; aquellas visiones sobrenaturales en que su alma participaba de la gloria de los bienaventurados ?

Inútil es , empero , hablar este idioma á un mundo materializado , para quien las cosas espirituales no son sino supersticiones groseras ó ilusiones de la imaginacion. Dejemos pues que los prudentes del siglo califiquen la austeridad de nuestro héroe como mejor les plazca. La virtud no necesita de los aplausos de los mundanos , ni mendigó jamas su admiracion. Los hombres de fe no podrán ménos de reconocer en mi excelso patriarca san Félix un varon digno de todo elogio , que dirigido por el espíritu de la verdadera sabiduría , supo hacerse superior á cuanto el mundo reconoce de grande , para vivir en la abnegacion y en el mas profundo abatimiento. Veamos ahora cómo este mismo espíritu le condujo á renunciar á su solitario reposo , para entregarse á trabajar por la gloria de Dios y por el bien espiritual y temporal de sus prójimos. Este será él asunto de la

## SEGUNDA REFLEXION.

¡ Cuán incomprensibles son los designios de Dios sobre sus criaturas ! ¡ Cuán léjos están del alcance del humano entendimiento los medios de que se vale para hacerlos servir á los intereses de su gloria ! ¿ Quién hubiera llegado á persuadirse que aquel Moises que en el desierto apacentaba los ganados del sacerdote de Madian era el escogido para libertar al pueblo hebreo del cautiverio en que gemia en Egipto ? Y sin embargo , cuando mas ocupado se hallaba en este agreste ejercicio , hé aquí que el Señor se le aparece en medio de una zarza rodeada de fuego , le llama y le intima la órden de presentarse al tirano Faraon para que en su nombre quebrante las cadenas de sus hijos , cuyos clamores han enternecido sobremanera su divino corazon. No ménos admirable se presenta á nuestra vista la vocacion de mi excelso patriarca san Félix de Valois , para la grandiosa obra de la redencion de los cautivos á que le tenia destinada la providencia del cielo. Muchos años hacia que vivia en el desierto , olvidado enteramente del mundo , sin comunicacion alguna con las criaturas , ocupado únicamente en alabar á Dios y en mortificar su carne con las mas asombrosas austeridades , cuando vió penetrar en aquella espantosa soledad un hombre á quien el espíritu de Dios dirigia en busca suya. Era este mi insigne patriarca san Juan de Mata , doctor de Paris , elegido por Dios para ser el primero que habia de ofrecer al mundo el sorprendente espectáculo de un órden insigne consagrado á romper los hierros que aprisionaban á los cristianos bajo el yugo de los sarracenos. Enterado en una maravillosa vision de las cualidades del solitario de Meaux , de su santidad sobrehumana , de su inocencia angélica y de los favores inauditos que el cielo le dispensaba , atravesaba anhelante aquellos espantosos yermos , suspirando por hallar al que habia de ser su compañero inseparable en la difícil quanto gloriosa empresa que por mandato expreso del muy Alto debia acometer. Llegó por fin el deseado momento. Juan de Mata encuentra á Félix de Valois ; este le recibe con muestras de la mayor cordialidad ; ambos se saludan por su nombre sin haberse jamas conocido ;